

los khouds, con los malers, birhors, southals y otros que tienen la verdad como sagrada, y no adquieren ni un solo compromiso que dejen de cumplir. Nada les ofende más que dudar de su palabra, insulto que ellos lavan con sangre, y si no pueden matar al ofensor, se matan á sí mismos. Esos sourahs, esos pulayers, respiran candor. Los que les tratan de cerdos y de basura, añaden que son incapaces de imaginar ninguna cosa, é incapaces igualmente de inventar nada que no sea la más exacta realidad (1).

Antes de haber sido atacados por la civilización, de haber sufrido la conquista inglesa, esos salvajes se distinguían por una viril fiereza, una alegre independencia, no daban á nadie cuenta de sus actos y persona, no pagaban tributos ni á jefes, ni á gobierno, ni á propietarios; cada cual gozaba por entero de su persona, de su casa y de su campo. Independencia completa tanto en el interior como en el exterior. Nadie les había conquistado; desde hacía veinte siglos, su pueblo no había bajado la cabeza ante ningún extranjero: noble orgullo que se leía en sus actitudes y fisonomía. Prescindían de toda palabra obsequiosa, de toda expresión que pudiera parecer humillante; para saludarse se limitaban á levantar la mano. El más joven decía: «Voy á mis quehaceres.» «¡Bien!» respondía el de mayor edad.

El rasgo más agradable de su carácter es aún el afecto mutuo. Los civilizados de las tierras bajas tienen como pasatiempo los litigios en que se enredan, se citan ante los tribunales por fútiles motivos, y en sus duelos judiciales rivalizan en mentiras y perfidias. Pero entre los kolhs y los khouds las costumbres son distintas. Las querellas, raras entre los hombres, entre hombres y mujeres son desconocidas. El esposo que

(1) Shortt, *Hill Rauges*.

se permitiera corregir á su mujer delante de la gente, amenazarla ó injuriarla, merecería la reprobación, excitaría la indignación general. Por su parte, la esposa no necesitaría de tanto para suicidarse; á veces ha sido suficiente un ligero reproche para envenenarse; una palabra irónica, un cumplido no comprendido y más de una se ha perdido. Creen, las infelices, que el alma del suicida viene al mundo para mortificar al ofensor: idea admitida en toda la India, en el extremo oriente, y que ha inspirado seguramente á los japoneses su práctica bien conocida del *harakiri*.

Daltón dice que esos salvajes se conquistan el afecto por sus modales francos y abiertos, por su ingenua alegría. Juntos desde su infancia con el otro sexo, no tienen ellas nada de esa gazmoñería y recato de las indostanas y musulmanas, criadas en perpetua reclusión, gazmoñería que á veces obedece á propósitos engañosos y abunda en hipocresías obscenas. Por el contrario, se alaban las gracias inocentes de las muchachas hos y moundahs y de las jóvenes larkas... ¡Paciencia! Bien pronto la civilización las curará de esa barbarie y enmendará su ignorancia.

Hasta la segunda mitad del siglo XIX, los khouds detestaban todo comercio, no querían hacer uso de la moneda, rechazaban las conchas como medio de cambio. En vez de medir en especies el valor de las cosas, se computaban en *vidas* hasta los mínimos objetos, herramientas, arroz, harinas... ¡Qué atrasados!

Ningún pueblo lleva hasta donde ellos la religión de la hospitalidad. En esto exceden hasta á los beduínos, hasta á los árabes del desierto. No hay honor que no concedan al huésped, ni complacencia que no se la prodiguen, ponen su vida ante la del viajero, su propio honor ante el honor del extranjero. «¡El huésped antes que el amigo, antes que el hijo!» dice uno de sus proverbios. Desde que un extraño se presenta en su hogar,

por miserable que sea el jefe de familia, va á saludarle, le ofrece abrigo y comida, viviendo así mientras quiera: jamás un invitado fué despedido, jamás pudo nadie comprender que su presencia era enojosa. Su hospitalidad se extiende hasta los dombangous, casta inferior y población caída, que habita por las inmediaciones; los tratan, no obstante, con solicitud, toman parte en sus festines, los defienden contra todos y los protegen con igual ardor que si perteneciesen á su comunidad.

«Su hospitalidad, cuenta Macpherson, ha ido hasta abrigar tribus enteras. En cierta fiesta sucedió que surgió una querrela, y que después de lucha sangrienta, una tribu tuvo que huir, derrotada. Perseguidos lanza en ristre, expulsados de sus chozas, sin asilo, lejos de sus cultivos, los fugitivos fueron implorando asilo al mismo poblado que había sido suyo y á las mismas gentes que les habían reducido á tal estado:

»—¡Carecemos de todo; dignaos concedernos hospitalidad!

»—¡Entrad y sed los bienvenidos!

»Y así vivieron todos bajo un mismo techo, durante una y otra semana, durante uno y otro mes; los vendidos alimentados, bebidos y vestidos por los vencedores. Así vivieron un año. Al fin, los albergadores, no pudiendo producir tanto, entraron en tratos:

»—¿Y si vosotros quisiérais tomar posesión de vuestras viviendas? ¿Entrar en posesión de vuestros campos? ¿No nos devolveríais en cambio vuestra amistad?»

El asilo concedido á los enemigos no se niega ni á los criminales; y cosa digna de ser conocida, el asesino buscó y encontró asilo en casa del padre del hombre á quien había matado. Esta hospitalidad heroica la dan aún sabiendo que será funesta, hasta á su patria. Como ejemplo, la guerra de 1835, que puso fin á

su independencia. La Compañía de las Indias exigía unos fugitivos y se los negaron:

«—¡Pero reflexionad! Vosotros habéis sido nuestros amigos hasta aquí. No nos obliguéis á demostraros que somos los más fuertes. Vuestros campos serán arrasados, vuestras chozas incendiadas, vuestros guerreros ametrallados. Y si nos obligáis á llegar hasta ese terreno serán duras las condiciones que os impondremos.

»—Sea lo que fuere, no se dirá que un khoud haya cometido la indignidad de entregar á un desgraciado que ha pedido hospitalidad.»

Rompiéronse las hostilidades. Los bárbaros, eran bárbaros, se defendieron con bravura, que los ingleses no podían admirar bastante. En más de un encuentro se hicieron matar hasta el último. Finalmente, los fugitivos, objeto de la cuestión, fueron entregados, pero por indostanes; los khouds continuaron inquebrantablemente en su altiva y generosa lealtad.

«Durante una campaña de dos meses, dice Hunter, demostraron una energía indómita. Diezmados, á la vez que por la peste, por el hambre y por la espada, no se encontró ni uno que desfalleciera en su abnegación por la causa pública, y cuando los fugitivos, traicionados y entregados por los indostanes, fueron condenados á muerte, ¡con qué admirable energía, con qué conmovedora resignación y sencilla dignidad sufrieron una muerte ignominiosa delante de sus chozas saqueadas!»

¿Diremos, por contraste, cómo respetan el derecho de asilo ciertas naciones que se dicen marchar á la cabeza del progreso y ofrecen voluntarias un mal ejemplo al mundo (1)?

Tales eran los salvajes que se habían descrito con

(1) Escrito en el momento en que Francia ha estado á punto de entregar Hartmann á Rusia.

los más negros colores. En 1820, cuando con sus tropas invadió el Colehan el mayor Roughsedge, esperaban encontrar ciénagas, y aparecían precisamente ante un país abierto, ligeramente ondulado y cuidadosamente cultivado. Las poblaciones se abrigan bajo los tamarindos y mangueros; las casitas se ocultaban bajo el follaje de limoneros y plantas trepadoras.

Del vestido, nuestros autóctonos se preocupan bien poco; tienen lo suficiente con un pañuelo, un mal trapo, algunos pedazos de tela y un débil cinturón; las mujeres se contentan con una faja, con la que se dan dos ó tres vueltas alrededor del cuerpo ó sobre los hombros cayéndoles los flecos sobre los pechos. Lo que economizan en vestidos lo recargan en adornos. Tatuajes discretos, consistentes en puntos de color, rayas sobre la frente, la nariz, la barba y los brazos. Flores en la cabeza, gargantillas, brazaletes, hebillas, granos colorados, dientes y conchas, anillos de latón, y sobre todo de hierro, únicas joyas que Manú les ha permitido. Pero ellas se han aprovechado y hasta abusado del permiso. Kolhas y khoudas rivalizan con las guineenses y aschantis, anunciándose desde lejos por un tintineo de cadenas y ruido de baratijas, más pesado todo que una cadena de presidario. Los pandjas, hombres y mujeres, se cargan de ocho á diez kilogramos de cobre: y se afirma que en ciertas comarcas, las mujeres, para embellecerse, se cargan de fruslerías hasta no poder andar. El capitán Sherwill tuvo un día la curiosidad de pesar todos los objetos con que una damisela sonthal había adornado su persona: la báscula señaló treinta y cuatro libras. Los dchonanches, que, como tantos otros, creían que el tatuaje es de todos sus vestidos el más ligero, el más económico y hasta

el más elegante, que lo consideran como mejor preservativo contra el reumatismo que las camisetas de franela, habían conservado hasta estos últimos tiempos un delantal de hojas, al cual Eva dió su nombre. Lo mismo que los curumbas de Malabar, los dchantchous de Masulipatán y los wedahs de Ceilán. Eso chocaba á las *ladis* de Calcutta. Ellas hicieron observar que Su Graciosa Majestad la reina Victoria, no podía tolerar que esas indígenas llevaran por toda ropa un collar de granos y un taparrabos por delante y detrás. La virreina de las Indias decretó que el escándalo terminara; el cristianismo y la civilización suprimieron la inocente desnudez en las lagunas de Orissa. La cosa merece ser contada:

En 1871, una compañía en pie de guerra tomó posesión y llamó al orden á toda la tribu. Ante el estrado del capitán, mil novecientos individuos desfilaron hincándose de rodillas. Redoblar de tambores, maniobra en cuatro tiempos y seis movimientos; y cuatro cabos y dos sargentos procedieron en nombre de Su Púdica Majestad á vestir al bello sexo. El primero estampillaba la mujer arrodillada, marcándole en la frente un mascarón encarnado, así le instilaba el primer pudor. Se levantaba, daba unos cuantos pasos, y el segundo graduado poníale la mano sobre la espalda y le arrancaba el taparrabos anterior — ¡inclínense ustedes ante la virtuosa soberana que preside las salidas de la cama en Saint-James! — El tercer soldado arrancaba á la salvaje la hoja posterior, y toda esta verdura era arrojada á una hoguera encendida expresamente. El cuarto ponía á la pobre un jubón, el quinto se lo abrochaba á los riñones y el sexto daba por terminada la tarea haciéndola salir por la otra puerta. Había entrado como hija de la naturaleza y salía civilizada, habían despojado el salvajismo vistiéndolo con telas de algodón de Manchester.

Sólo los ingenuos dicen que «el hábito no hace el monje», como prueba los khouds. Mientras que creían en falsos dioses, se envanecían adornando su cabellera, la que se ataban en forma de penacho; pero desde que abrazaron la «única religión verdadera», los misioneros les cortaron la guedeja, como señal de que habían abandonado sus antiguas creencias y que participaban del bienestar celeste. Sin necesidad de que intervinieran las bayonetas, los hoses de Singbhoum, renunciando espontáneamente á la moda antigua, comprendieron que una pieza de Madras es más suave y decorativa, y sobre todo más vistosa, que los encañizados de maderitas con los que se ataviaban antes durante su agitado baile llamado del *gallo y las gallinas*. El antiguo vestido tenía también sus ventajas, á veces lo recordaban con añoranza. Las fluctuaciones del mercado, habiendo determinado un alza en los artículos de tejidos y novedades, las hermosas indígenas declararon al vendedor ambulante que si no volvía á sus primeros precios se vestirían de nuevo á la antigua usanza. Sabían que eran mujeres de palabra y se les concedió lo que querían.

Las cabañas están todavía cubiertas con carrizo, pues el código Manú no permitía otro tejado. Con frecuencia tienen esas cabañas la forma de colmena. Las paredes consisten en tabiques de madera recubiertos de barro, construcción de las más primitivas. La habitación informa con prontitud y exactitud sobre la civilización de las gentes y al confort al cual han llegado. Así juzgados, los magds del Bengala no merecerían muy alta clasificación en la escala social, por más que habiten en una especie de gallinero con uno ó dos pisos, formados por bambúes atados á pies derechos;

la planta baja ocupanla los cerdos domésticos. No brillarían tampoco los pandjas de Djeypour, que con estacas enlucidas de arcilla cierran su cubil, al que entran arrastrándose y retorciéndose. El espacio interior es demasiado pequeño hasta para un hombre de corta estatura; se tienden, acurrucan ó permanecen en cuclillas, pues el tugurio tiene apenas un metro de altura, según se nos dice. En ese reducto se meten, pues, el padre y la madre, niños y adultos, se instalan como sardinas saladas, se cuecen en su propia salsa, como suele decirse, y exhalan emanaciones que nos pondrían á nosotros en fuga, pero que no turbarían gran cosa á los chinos, si es cierto que en un espacio de veinte pies cuadrados se acomodan una docena para comer, dormir y trabajar. Los dchouangs no se distinguen tampoco por la suntuosidad de sus habitaciones, los cuales, recientemente todavía, no empleaban sino el sílex como armas y herramientas, no teniendo ni siquiera palabra para designar el hierro y los metales. Estos primitivos dchouangs ó «cimbras de hojas», cubren también sus hutas con ramajes, las que parece alcanzan una amplitud de cinco ó seis metros cuadrados: para nuestros cortijeros, ni siquiera gallinero de medianas condiciones. Y aun esas chozas se hallan divididas en dos estancias: la despensa, el *penum* de los penates antiguos, y el dormitorio, donde rapazuelos de ambos sexos duermen á la vista de los padres. Los jóvenes púberes duermen separadamente en otra choza. Los gouds, dchouangs, ouraouas, koukis, nagas y numerosos aborígenas que habitan desde los Vindhya hasta los montes Garos y Khassias, construyen barracas que nosotros llamaríamos «mancebías». En ellas habitan los efebos que se preparan para aprender para hombres, y todos los adultos no casados. Es la más hermosa, la mejor construcción de la aldea, el palacio y el santuario de la tribu. Allí se guardan los tambores

y otros instrumentos, las reliquias de los antepasados, las armas de valor y los trofeos de caza. Es también el pritáneo, donde los extranjeros y todos los huéspedes son tratados con la hospitalidad generosa que distingue á los pueblos pobres.

En cuanto á las muchachas, lo más frecuente es que duerman junto á los padres, pues ellas son propiedad productiva que puede venderse bastante cara, si no excita la codicia de los ladrones y se marcha con ellos. Se las aloja también con las viudas. Los khouds, maleses y koupouirs, tienen también habitaciones donde duermen las jóvenes ó *vestalados*, por servirnos de un término de Fourier, á veces contiguo á la *mancebía*; lo más frecuente es que uno y otro establecimiento estén situados en una de las extremidades de la aldea. Al frente del batallón femenino suele ir una hombruna, dueña intrépida y robusta, armada de una pértiga ó garrote, que impone el respeto á los mozos y los detiene á distancia. Parecidas instituciones encontraríanse entre los herruhouters de Alemania y en ciertas comunidades religiosas de América. Las juventudes se hacen y devuelven las visitas, emprenden expediciones, se dan fiestas y banquetes, se lisonjean y requiebran esperando el casamiento.

No pudiendo agotar todos los asuntos, seremos breves en el capítulo de las instituciones comunistas, no obstante ser su estudio muy interesante en su sencillez primitiva.

El gobierno que las tribus primitivas se han dado á sí mismas, podía colocarse con igual derecho entre los autoritarios y los demócratas. Las demarcaciones no están bien determinadas entre el poder del jefe y entre el del pueblo; el pueblo se confunde con el jefe y éste

con el pueblo. Tal jefe se erige en autócrata, en *Reynato*; tal otro en simple ejecutor de la voluntad pública; uno se inviste de tirano, otro de déspota iluminado, éste en monarca constitucional, aquél en rey de Yvetot. Sea lo que fuere, la comunidad es muy respetada por su jefe, cuando es pequeña, y tanto más cuando no tiene grandes fuerzas. Eso se explica. En las hordas compuestas de diez á cien familias, cada adulto cuenta por su persona; todo macho forma por sí solo una fracción del público; ni su voz ni sus obras se tienen en menosprecio; su opinión, sus deseos y sentimientos, serán siempre tomados en consideración en el consejo del jefe, en las deliberaciones del senado y en la asamblea popular. ¿Pero qué pesa, qué puede pesar una mónada humana en las naciones modernas, en esos Estados monstruosos de diez, veinte, treinta, cincuenta ó cien millones de almas? El individuo, absorbido por la masa, no es sino un grano de arena, una gota en el estanque. Lo que pierden los particulares lo gana el poder central, cualquiera que sea el nombre con que se le designe, monarca, protector, presidente, etc. Solo, el rey ó el emperador cuentan verdaderamente con un Estado; sólo él es un ser real en frente de sus subordinados, cuyo valor no es sino abstracto y convencional. La ciudad bárbara, poblada de ciudadanos efectivos, constituye un organismo vivo. Su mecanismo, compuesto esencialmente del pueblo y de sus jefes, se complica luego con un factor intermedio: el Senado, el cual se pone detrás de éste ó del otro. Las preferencias de este órgano político son para el jefe que él tiende á absorber, hasta que el pueblo intervenga. Según las circunstancias, el gobierno se transformará en aristocracia militar, oligarquía feudal, mezcla de guerreros unitarios, ó sindicato de explotadores privilegiados de la fortuna pública. Que vayan á intervenir por encima de todo los hechiceros, sacerdotes,

suministradores de lluvia, enjambre temporal ó espiritual, barajando los negocios de arriba y de abajo, y la pequeña tribu será deshecha por las mismas complicaciones que turban á los Estados modernos, representando impotente aspecto en la escena del mundo.

Nuestros khouds tendían á agruparse en nación. Ya se constituían confederaciones formadas por tribus que tenían su representación y su articulado, pactaban alianzas ofensivas y defensivas y obedecían á un Consejo supremo compuesto por los jefes respectivos. Tan pronto como funciona, semejante confederación obliga á sus enemigos y rivales á formar combinaciones opuestas, pero del mismo orden. Después de valientes campañas, después de terribles batallas, en las que los vencedores y los vencidos se cubren de gloria, los derrotados quedan reducidos á tributarios, y para mantenerlos en la sumisión, los triunfantes permanecen sobre las armas, aprietan sus líneas, se imponen la misma disciplina que durante la batalla, y después de algunas generaciones, el grupo nacional ha ganado en consistencia y generalmente ha adoptado la forma monárquica. En Khoudia, el jefe habita en medio de la población, en la casita que sombrea el gran algodonero plantado por el sacerdote. El arbusto es la residencia aérea del santo patrón, el templo de la divinidad protectora; su crecimiento y su vigor obran sobre la población de que es símbolo. Los indígenas son de notar por la adhesión al jefe de la tribu, al que no tienen ninguna razón para temerle ni para ser celosos. La idea que esos se forman del poder como sostenedor de la justicia, como defensor de la propiedad y árbitro de los conflictos, es puramente patriarcal. Las diferencias se llevan ante el consejo de los notables, que pronuncian su fallo y luego comen según su gana y beben según su sed á expensas de la parte condenada. Al morir el cacique, ellos mismos proclaman al suce-

sor, lo más frecuente al hijo mayor, salvo que otro hermano ó persona notable sea considerada como más digna. Cuando los gobiernos no están á la altura de su misión, el pueblo, á quien no seduce lo desconocido, se atiene impertérrito á la familia reinante. Los khouds veneran un Dios Término. Todos los años, los clanes se reúnen en asamblea sobre un alto monte, rocían con sangre la cumbre, imploran del Dios Sol que los mantenga tal cual eran sus abuelos y le suplican que les conceda hijos parecidos á los padres. Tal cual son se encuentran perfectos.

Varios clanes han tomado resueltamente — honradamente íbamos á decir — el oficio de ladrones. Y no se ocultan para eso. Los hombres merodean por los caminos y despojan á las gentes con toda conciencia:

«El país nos pertenecía, declaran ellos. Los conquistadores nos lo han arrebatado. Aligerarlos ahora de algunas bagatelas ¿puede ser un mal? Nosotros haremos cuánto podamos, pero es seguro que no recuperaremos nuestro bien.»

Curiosa circunstancia: muchos de ellos se enganchan como policías y guardias civiles, venden sus servicios para vigilar, por las carreteras y los cercados, las maniobras de sus padres, las idas y venidas de sus tíos, hermanos y primos: lo cual hacen sin debilidad y con exactitud irreprochable. Las familias se disuelven, los miembros se lanzan á la ventura: los unos como cazadores y leñadores furtivos, los otros como guarda-bosques. Con tal de que se ganen la vida, ni siquiera imaginan que pueda ser una virtud defender la propiedad, ni crimen atacarla; dos abogados defendiendo el uno á la viuda y el otro al huérfano, no ponen en su acto mayor buen sentido. No hay ofi-

cios innobles con tal que produzcan la comida. No hay quién les haga el menor reproche en un país donde los brahmanes declaran buenas todas las religiones, con tal que se las practique, y ordenan que cada cual siga el oficio de su padre; ladrón ó saqueador para comerciar (1).

Carabinero ó contrabandista, son profesiones que importan lo mismo á los campesinos de nuestras regiones fronterizas, quienes, por un poco de tabaco, darían la economía política, la doctrina y los doctrinarios. Merodeador ó burlador, es un honor serlo, cuando joven, ligero, atrevido y emprendedor, se vive en la plenitud de los medios físicos; pero es mejor dedicarse á la represión, refugiarse en las funciones oficiales, cuando la edad madura ha disminuído la intrepidez y agilidad; cuando se es más prudente, y cuando se conoce, por haberlos practicado uno mismo, los recursos y ardides de los rebeldes á la ley. Es el ideal, es decir, el destino verdaderamente normal del bandido, acabar siendo policía. Nuestro aserto podrían confirmarlo los arnaitas, los palikares y el ilustre Vidocg. Hacen su carrera con riesgos y peligros, pero cuando han llegado á maestros, la Administración los contrata á su servicio. Por eso entre los bilhs y los poligares, los koukias y los paharias, el gobierno inglés recluta sus batallones de policía.

Los bhils de los montes Vinhya, lo mismo que los maraveses de la provincia de Madoura en el Tinevelly, se han dado á la doble especialidad de policías y truhanes; ellos infestan las carreteras y las limpian. José Prudhomme les tomó el sable, con el cual defiende nuestras instituciones, y les combate según le parece. De sus filas saldría Juan Hiroux, que reprendía duramente á un gendarme incivil diciéndole: «¿Eh,

(1) *Journal des Missions évangéliques*, 1838.

tricornio, respeta al anciano! ¿De qué viviría vuestra tropa si no fuese por los del hampa?» Se les ve, pues, ingresar en la policía urbana y en la guardería rural, engancharse como vigilantes nocturnos, carceleros, espías y delatores. En el pueblecillo indo desempeñan una de las principales funciones, la de *manker* ó guarda de campo, que es garantía contra los salteadores, mediante el disfrute de un campo comunal ó el pago de una subvención sacada de las cosechas. En caso de robo — los malos años producen numerosas depredaciones, — el *manker* debe adivinar quién es el autor y conducirlo ante la justicia si no restituye lo sustraído. Ese funcionario ha de ser incorruptible y ha de servir con imparcial justicia contra los cogidos en fraude aun cuando éstos fuesen miembros de su propia familia. Voluntariamente dos hermanos eligen el mismo oficio en el mismo campo de operaciones, saquean y atracan en concierto, llegan á ser hábiles en producir fechorías, hasta que se encuentra interesante en contratar los servicios del uno para ponerse al abrigo de las empresas del otro. El nuevo guarda rural adquiere responsabilidad, y si está cohibido en cazar por sí mismo á los delincuentes, delegará la parte material de la tarea en uno de sus sabuesos. Cazadores de padres á hijos, saben examinar el lugar del delito, distinguen marcas y signos para otros imperceptibles, encuentran las huellas del pie del delincuente. Miden las pisadas con exactitud, la fijan en una varita y á ella recurren en los casos dudosos. Si la pista conduce á otro poblado, el perseguidor avisa á su colega y le hace entrega de la varita señalada, que con frecuencia pasa por varias manos antes que el culpable sea descubierto. Los servicios de esos sabuesos se solicitan muy especialmente cuando se trata de descubrir un robo de caballerías. En campo raso ó por un buen camino, las pisadas no serían difíciles de seguir; pero donde la habilidad se

manifiesta es en las inmediaciones de los villorrios por donde han pasado varios animales y rebaños enteros. La última huella está cubierta con una peidra, la cual se señala á los notables del pueblo. Estos tienen interés en demostrar que la pista no se detiene en su población, y ayudan á encontrar nuevamente las huellas al otro lado del poblado. Los terribles representantes de la autoridad hay veces que vuelven á descubrir las huellas perdidas desde una distancia de 3 ó 400 kilómetros. Pero si la pista se pierde en el bosque ó en la ciénaga, si desaparece en su aldea, el manker es responsable y viene obligado á reembolsar el valor sobre sus honorarios. El agente tiene siempre derecho á resignar su función, hasta convertirse en ladrón y espoliar á los propietarios que defendía la vispera. Algunos consiguen subvenir á todas sus atenciones económicas acumulando la doble función de gendarme y de ladrón; durante doce horas son defensores de la propiedad y durante las otras doce se convierten en su terrible azote.

¿No será eso sino una particularidad local, ó bien será signo étnico? Esos bhils tan correctos, esos moravers por partida doble, nos demuestran, juzgados por sus hechos, el principio de autoridad y el mecanismo de la institución judicial. Sus servicios se fundan, no en un sentimiento de abstracta moralidad, como se nos enseña, sino sobre el interés. En un momento dado, el mayor número encuentra ventaja en garantizarse contra el robo y el asesinato, pagando una prima de seguro á los individuos que hacen una profesión del bandolerismo: hombres honrados, deseosos de entenderse con el buen público. Esbochemos á grandes rasgos una historia del *Contrato social* más verdadero que el de Rousseau; reproduzcamos en sus grandes líneas el establecimiento de la administración política y civil:

Un sujeto, hombre de cabeza y de puños, descubre

una roca que domina un desfiladero, entre dos fértiles valles; se instala y se fortifica allí. El sujeto cae de improviso sobre los pasantes, asesina algunos y saquea al mayor número. Es poderoso, luego tiene derecho. Los viajeros que no quieren ser atropellados se quedan en casa ó dan un gran rodeo para evitar el peligro. El bandido, abandonado en la soledad, piensa que en esta situación morirá de hambre si no entra en componendas. Si los peatones reconocen su derecho sobre el camino público, podrán salvar el mal paso pagando peaje. El pacto está concluído y el señor — que ya es tal — se enriquece.

Pero un segundo héroe, encontrando lucrativo el oficio, se instala en la roca de enfrente. También él roba y mata, establece sus derechos. Así diezma las rentas del colega, el cual frunce el entrecejo y gruñe en su reducto, pero reflexiona sobre los fuertes puños del competidor. Corsario contra corsario no fué jamás negocio. Se resigna con lo que no puede evitar, le pide parlamento; se pagaba al primero, pues que se pague también al segundo: es preciso que todo el mundo viva.

Sobreviene otro ladrón que se instala en otra revuelta del camino; desde lo alto de su refugio anuncia que también él quiere participar. Esta pretensión ofusca á los mayores, que comprenden que sus ingresos van á disminuir, pues si exigen tres sueldos al viajero que sólo dispone de dos, preferirá quedarse en casa más bien que exponerse á perder su persona y equipajes. Nuestros economistas, al modo de Diego Corrientes y Juan Portela, se arrojan sobre el intruso, le amenazan y maltratan, le obligan á abandonar su guarida. Luego exigen dos sueldos más como justa remuneración á la pena que se han dado expulsando al expoliador, legítima recompensa á las molestias que les ocasiona el impedir su regreso. Los dos señores,



llegados á ser más ricos y poderosos que antes, se llamarán en lo sucesivo «Dueños del desfiladero, Vigilantes de las Carreteras Nacionales, Defensores de la Industria, Protectores de la Agricultura, etc.» nombres todos que el cándido pueblo repite con delicia, pues al pueblo le gusta ser lapidado so pretexto de protección, parece complacerse en pagar tributos á los *vivos* que saben arreglarse.

Así es cómo — ¡oh, ingenio humano! — el bandolerismo se regulariza, se ensancha y desenvuelve, se transforma en mecanismo de orden público. La institución del robo, que no es lo que el pueblo vano cree, hizo nacer la propiedad y la policía. La autoridad política que se nos daba ayer aun, como emanación del derecho divino y bendición de la Providencia, se constituyó poco á poco por los cuidados de los salteadores de caminos con patente, por los esfuerzos sistemáticos de malandrines, llamados hombres de experiencia. Los gendarmes han sido educados y formados por los bravos que, provistos de un palo nudoso, robaban por los confines del bosque, y, saltando sobre el pasajero, le gritaban: «¡La bolsa ó la vida!» El impuesto fué la suscripción, la prima que impusieron los ladrones á los robados. Contentos y agradecidos, los esquilados se colocaron detrás de los Caballeros del Camino Real, los proclamaron sostenedores del Orden, de la Religión, de la Familia, de la Propiedad y de la Moral; los consagraron Gobierno Legítimo. Ello fué un sorprendente acuerdo.

Las poblaciones khouds son exógamas, es decir, que no permiten el casamiento sino entre individuos de distinto clan. Prohiben, como un incesto, toda unión entre *cogentiles*, la condenan con pena de muerte,

aunque sea muy remoto el parentesco, y aun cuando uno de los contrayentes no pertenezca á la familia sino por adopción. El casamiento khouda, muy bien estudiado por Mac-Lennan, nos ofrece una muestra bien conservada del raptó oficial que Manú llama «costumbre de los rakchasas», y lo define de este modo: «La captura violenta de una joven que llora y grita pidiendo socorro.» Pero esos lloros y gritos no son más que pura comedia; después de negociaciones y largos tratos, es entregada la hija mediante la percepción de fuerte suma, que es preciso haber contado antes del secuestro, el cual tiene lugar después de un banquete y en medio de un gran baile. En lo más animado de la fiesta, los tíos maternos de los cónyuges — recordemos que en el derecho primitivo, tienen éstos la tutela de los niños con exclusión del padre, — los tíos cargan sobre sus espaldas, con las piernas colgadas sobre sus caderas, quien á su sobrina, quien á su sobrino, piafan y caracolean: «¡Señores, no olvidéis que ya están á caballo!» decía el capitán *Petit Faust*.

La joven llevada á cuestras — representación eminentemente simbólica del raptó, — no es una ocurrencia accidental y aislada. La observamos en varios países alejados unos de otros, y muy particularmente en numerosas tribus africanas. Como por una fantasía súbita, los que danzan cambian su carga, y el que ha cargado con la joven huye bruscamente. Prodúcese un rumor; la asistencia se divide en dos bandos; empiezan á propinarse golpes, pero el bando raptor dará los últimos. Un sacerdote, alquilado para el caso, acompaña á los raptores, para alejar del camino las desgracias. Sobre el arroyo atravesado tienden un hilo, puente mágico á intención de los Espíritus Protectores, que dan guardia de honor á la desposada hasta su nueva residencia; precaución sin la cual no podrían pasar por aguas corrientes. Dichos Angeles de la Guardia vol-